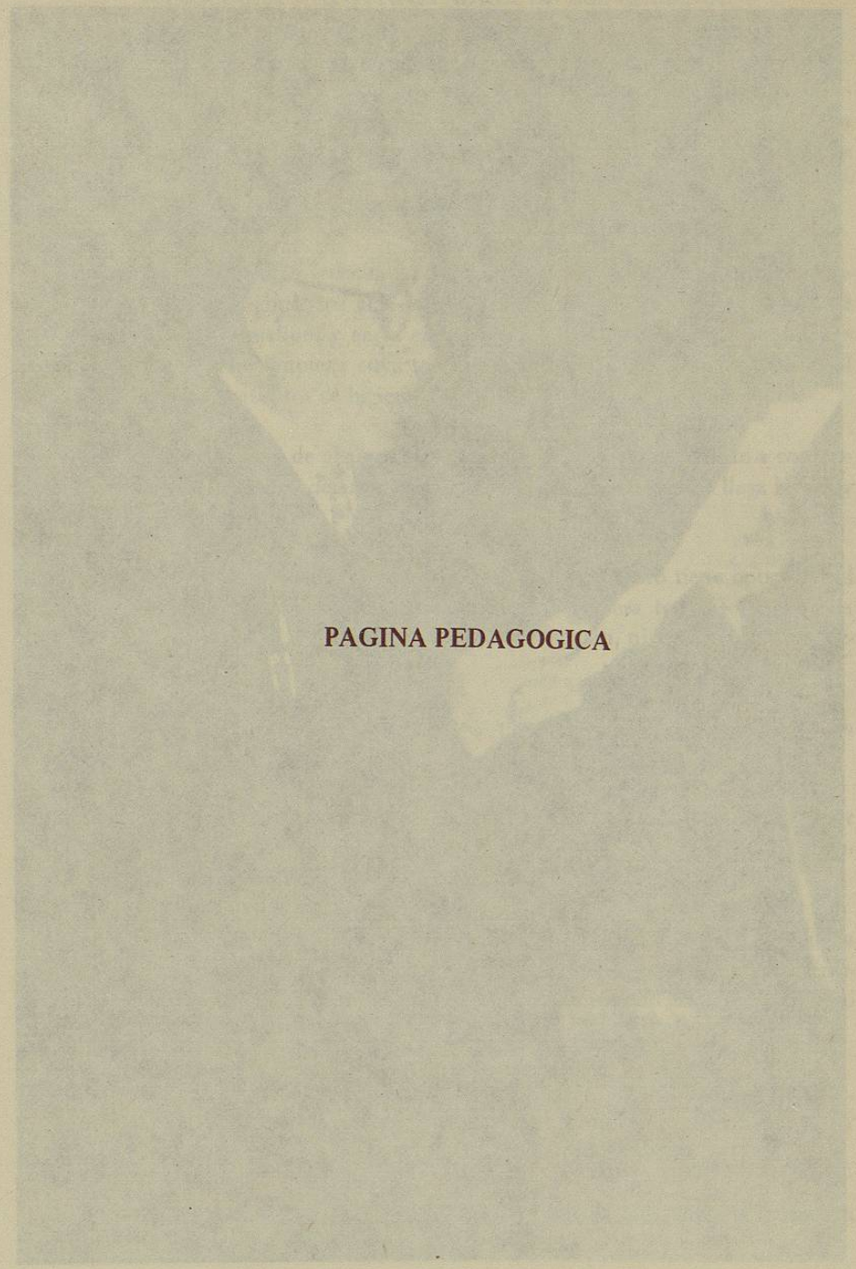

# PAGINA PEDAGOGICA

## LA ESCUELA Y ALGUNOS PADRES DE LOS ALUMNOS

Mucho logrará un maestro en lo que a instrucción se refiere, con poca o ninguna ayuda de los padres de sus alumnos; pero en tratándose de la formación de hábitos de higiene, de orden o moralidad y de adquisición de buenas maneras, bien puede asegurarse que fracasa la Escuela si no llega oportunamente el auxilio de quienes tienen obligación de ofrecerlo y de prestarlo para obra de tanta responsabilidad moral como la educación de los hijos.

Nosotros –por ejemplo– decimos; cómo debe masticarse al comer; pero el niño está impuesto a deglutir los alimentos a toda prisa, sin darle importancia a la primera parte de la digestión, y en su casa se le deja proceder así. Le aconsejamos medios de aspsia o de limpieza cuya teoría sabe recitar: pero cuya práctica en el hogar va contra los preceptos de higiene.

Y si en ésto la ayuda de algunos padres es mala; más lo es en punto a costumbres de orden o moralidad: delante de él se maldice, se calumnia, se llega beodo y se riñe.

En los relativo a los hábitos de urbanidad y de cortesía no tiene oportunidad de practicarlos porque son música celestial, pues en su casa todos se tratan con grosería, ni se saludan ni se dan las gracias, ni se respetan, ni saben en buena forma de solicitar favores, ni de negarlos.

Somos ignorantes: dirán algunos padres. ¡No tenemos tiempo de fijarnos en estas cosas!: dirán otros.

Pues no debería ser así; porque padre y madres tienen obligación de saber todo lo referente a la manera de alimentar a sus hijos, de cuidar su salud y de conducir su vida para formarle el carácter.

La misión del maestro es pulir lo que se le lleva del hogar; sembrar la buena semilla del ideal; más hay que convivir en que el éxito sólo es seguro en un terreno fertilizado por la educación que los padres han impartido hasta el momento en que lo ponen en manos de la Escuela.

Desconocer la acción educadora del hogar es proceder contra la naturaleza. Aguardarlo todo de la Escuela es exigir lo imposible. Caminar en desacuerdo hogar y escuela, –al estira y afloja–, es buscar la nulidad de todo empeño.

Sabemos perfectamente que ni el hogar ni la escuela completan la educación del niño; que ésto es obra del tiempo y de la vida misma.

Como en el árbol, habrá de llegarse la época de los frutos. Mientras, hay que regarlo y cuidarlo.

Aunque así sea: si la parte que nos corresponde a padres y maestros queda sin hacer, peligra el éxito de la obra.

Convengamos, pues, que en ese riego la escuela pone mucha teoría y lo que puede de práctica, y que la parte práctica que corresponde al hogar es mayor, pues se trata de vigilar la formación de los hábitos.

Padres de Familia, si no aprendistéis en alguna parte vuestros deberes es menester que compréis un libro, que oigáis una conferencia y que preguntéis lo que ignoráis.

La escuela reclama colaboradores conscientes y activos de su enseñanza. No estorbéis su acción, debéis prepararos para secundarla.

Estáis acostumbrados a echarle culpas de todo a la Escuela, en vez de prestarle el auxilio que tenéis obligación de impartirle en la obra que está realizando.

Hay veces en que ni atención prestáis a las Notas de Calificación, en que no os preocupáis por saber si asiste o no, si aprovecha su tiempo o lo pierde; en que os dá lo mismo que venga sucio o limpio; en que os molestáis porque lo castigamos justamente; y también hay ocasiones en que no acudís a nuestras llamadas para poneros de acuerdo con nosotros.

Dejad, pues, vuestra apatía. Intervenid en esta obra haciendo la parte que os corresponde y entonces serán eficaces nuestros esfuerzos en pro de la educación.



## LEALTAD

Entre las virtudes cuya idea hemos de sembrar en el carácter y el corazón de los niños y los hombres —sean nuestros hijos, nuestros discípulos o simplemente nuestros amigos—, es la fidelidad, la lealtad.

Es la religión que hace falta a la humanidad para vivir en paz y ser feliz.

Porque, hoy por hoy, el ambiente social que se respira es de traiciones. Basta que haya un interés o un temor de por medio para que demos media vuelta y figuremos en el bando contrario, o permanezcamos indiferentes cuando quien se creía nuestro amigo guarda nuestra asistencia.

Nada hay que cause tantos sinsabores como la traición. Ella es madre de los odios más enconados, destructora de los mejores afectos, y causa de los mayores desencantos.

Y si la persona traidora fue objeto de nuestros favores y llevaba algo de nuestro cariño en su corazón, entonces la amargura que sentimos no tiene signo que pueda expresarla en el lenguaje.

Judas, el prototipo de los traidores es el ser más repugnante de cuantos nacieron en la tierra.

¡Y pensar que en el mundo abundan los Judas! La verdad es que no se concibe cómo habiéndose ahoracado éste, han podido resultarle descendientes. . . . .

Enseñemos con la palabra y el ejemplo la lealtad. Una lealtad que esté de nuestra parte, delante y detrás de nosotros; que sepa permanecer a nuestro lado, en las horas dulces y en las más amargas y crueles: una lealtad que no se niegue y se avergüence; una lealtad que no se venda ni por poco ni por mucho; una lealtad que tenga firme cimiento en la sinceridad de nuestros corazones, y no una lealtad que se desplome sola, o que como los felinos, esconda las uñas heridoras, o ría con mueca de hipócrita asqueroso. . . . .

## CONQUISTA DE LA VOLUNTAD INFANTIL

Es axiomático el hecho de que fracasamos o no conseguimos lo que pudiéramos conseguir en la educación moral de nuestros hijos y discípulos porque se entabla entre ellos y nosotros, no una lucha de acción conjunta y armónica, sino de resistencia y de oposición más o menos frecuente.

Al investigar el por qué son reaccionarios hallaremos lo siguiente:

1o.- Que no tenemos idea de lo que ellos pueden hacer y exigimos demasiado. Por eso se niegan a empezar o se cansan y desalientan a los pocos impulsos. Ellos son niños y les pedimos a fuerza que sean hombres.

2o.- Que el niño se decide a la acción por necesidad o por simpatía y muchas de las cosas que los obligamos a ejecutar ni son necesarias, ni les agrada hacerlas.

3o.- Que la facultad más fuerte, la imitación los lleva a la conducta de rebeldes. Los hombres, en general, somos en nuestra moral una perpetua contradicción y de esta manera, descendemos al terreno de niños incultos. Y esta conducta es la que menos trabajo cuesta imitar.

4o. Que usamos el viejo sistema del regaño o del castigo corporal para imponer nuestro criterio, nuestra voluntad y nuestra enseñanza, y, hoy se hace con una protesta en el corazón y en los labios. Salidos apenas del cascarón, como dice el vulgo, y lanzamos un grito de libertad.

Por lo mismo ese sistema no es de nuestros días. Tuvo su éxito cuando nacíamos dóciles y crecíamos dóciles hasta la juventud, y seguíamos siendo dóciles en la madurez, y la senectud nos pescaba en el más alto grado de docilidad.

Posiblemente estoy exagerando las tintas; pero conste que no lo hago para echarle sal de risa a un asunto tan serio y de tanta trascendencia como el que vengo tratando, sino con la intención de poner de relieve cuanto en él existe de verdad.

El ambiente en que vive el niño, lleno de solicitudes contrarias a las nuestras, reclama que hagamos agradable y simpático cuanto hemos de exigirle, que inventemos la manera de interesarlo a trabajar en el difícil negocio de su educación, que lo veamos, no como tiranos, sino como amigos y compañeros.

De esta manera lograremos la conquista de su energía volitiva y lo iremos for-



taleciendo hasta que por verdadero carácter, –fuerza educada de su voluntad, posea la habilidad de gobernar sus propias acciones.

Además no tratemos de exigirle sino lo que pueda y lo que le corresponda según su edad. Pocas han de ser aquellas cosas que interesen por igua a niños y adultos. En cuanto a su libertad, conviene ir soltándolo para que ensaye su propio vuelo, prudentemente, hasta donde menos daño le haga la experiencia de la vida, poniéndole delante el faro de nuestros consejos, llamándole su atención sobre la existencia de los escollos; si es posible, hagamos este trabajo por medio de la historia y de los cuentos, llamándole su atención sobre los hechos que observe y sus consecuencias.

Se entiende que lo dicho se refiere a niños cuyas facultades aparecen en condición normal para quitarles cuanto pudiera estorbar su desarrollo y favorecerle con una racional dirección. Si el niño nace anormal, urge el empleo, aunque sea temporalmente; mientras subsiste dicho estado, si no de todos, de la mayor parte de los procedimientos antiguos. Lo contrario sería de fatales consecuencias para el niño.

Sin embargo, aún en esta condición es muy difícil poder justificar el castigo corporal (a golpes), que siempre lleva en su entraña el espíritu de venganza y engendra odiosidades. El castigo corporal va inspirado por nuestra impaciencia, por nuestra ira, pasiones y defectos que jamás podrán darnos un buen consejo, que más bien se prestan para llevarnos al consentimiento de una justicia y, sobre todo, que ellos impiden siempre que realicemos la conquista de la voluntad infantil.

No es una conquista que se obtiene con estruendo de armas y a base del terror que el daño de estas pueden ocasionar, los corazones se ganan con bondades, con amor. Además el miedo y la esclavitud forman escuela de cobardes y de hipócritas y nuestros hogares y nuestras escuelas deben ser semilleros de hombres sinceros, libres y fuertes.

He aquí la teoría moderna: que inventemos la manera de hacer simpática la virtud, como el mal hace simpático el vicio, y conquistemos la voluntad del niño desde los primeros años para que él nos busque como guías y nos consulte sobre su conducta, y tengan nuestras palabras la soñada fuerza de autoridad que todos quisiéramos poseer y contribuya todo a facilitar la educación de nuestros hijos y de nuestros alumnos.

## PELIGROSO SISTEMA DE EDUCACION MORAL

De suma importancia para el hombre es adquirir la ciencia de saber llevar su vida por la senda del bien.

Hay niños en cuyo carácter figura la docilidad. No cuesta trabajo conducirlos y la enseñanza de buenos hábitos será un éxito seguro y temprano.

A tal grado llega esa buena disposición que cuando jóvenes la lectura de un buen libro, el consejo de un amigo bueno, pueden servir de norma a sus actos sin que haya intervención de autoridad alguna.

La experiencia del mal no necesita darle sus crueles lecciones. Con la teoría del bien expuesta en forma de reglas y de ejemplos históricos y la prohibición preventiva del mal, es suficiente.

Más, por la desgracia, también hay caracteres rebeldes, de esos que "nacen con una protesta en los labios."

Para aceptar la doctrina del bien alegan que han de conocer el mal, y aún así prefieren la ignorancia de aquella. No gustan de la enseñanza teórica, apetecen la experimental. Magnífico sistema; pero no para el conocimiento de la maldad.

Y pensar que hemos tenido pedagogos y filósofos que sostienen esta aberración y pretenden que sea implantada por padres y maestros en hogares y escuelas.

A quén se le ocurrirá envenenar a su hijo y matarlo para que éste conozca los efectos de un tóxico

Quien lo dejaría morder de un can rabioso o picar de una víbora para que conociera así sus efectos desastrosos.

No de otra manera procederían el padre y el maestro que dijeran a sus hijos y discípulos: roba para que sepas en qué consiste el robo; ingiere alcohol para que conozcas la embriaguez y sus resultados.

La colaboración de padres y maestros no debe consistir en estimular pasiones y vicios, en abrir los ojos inocentes, menos aun en guiar por el camino de la maldad. Tócanos arrancar de raíz lo malo; neutralizar los efectos del ambiente inmoral y llevar, de grado o por fuerza, a los educandos, por la senda del deber.

Se alega también por pedagogos de la libertad que hay que dejar al niño conducirse como él quiera. Es un derecho que EN CONCIENCIA no debemos concederle; porque es sencillamente tan imprudente como poner un arma peligrosa en manos de un niñito.



Bueno es que le demos libertad para practicar el bien, porque estamos seguros de que no le resulta daño alguno y de que sí le resulta provecho. Más para lo malo ¿quién duda que cometemos una temeridad? La época de la libertad ha de llegar sin que nosotros la festinemos. Hasta los frutos tienen su día para madurarse.

Tócanos sostener la debilidad de su carácter con las fuerzas del nuestro mientras adquiere, por natural evolución, su propia energía volitiva.

No es MOLDEAR como creían nuestros abuelos, porque no hay formas determinadas y fijas para educar. En lo moral como en lo físico cada ser viviente trae la suya.

Lo posible, en su educación, es que lo alimentemos con los mejores principios morales y cuidemos que vaya sano su crecimiento, aunque para ello tengamos que hacerle sentir la fuerza de nuestra autoridad. Disciplinemos, pues, a nuestros hijos y discípulos con la dirección estimulante del ejemplo vivo o histórico, del consejo y la regla que enseñen el bien; y cuando fuere necesario con la represión y el castigo que exijan sus excursiones por el mal camino.

No dice verdad quien sostenga que es necesario conocer el mal por experiencia propia para evitarlo. Y menos verdad dicen quienes sostienen que, por ley de los contrastes, solo de esta manera se conoce el bien.

Lo bueno, como todo lo absoluto y real, se conoce por simple intuición, es axiomático, no requiere comparaciones ni abstracciones. Lo mismo sucede con lo malo.

La ética los tiene bien catalogados. La sana filosofía no ha encontrado contradicción alguna en los principios morales.

Si las consecuencias podemos verlas en la vida ajena y en la historia ¿para qué andamos, entonces, con probaditas de mal?

Dejemos a los malvados y a los sofistas la innoble tarea de minar los cimientos de la ética.

Ellos siempre se empeñarán en que no haya justicia ni en la tierra ni en el cielo.

Mientras, convengamos en que lo urgente para nosotros es ejercitarnos en llevar nuestras vidas por la senda del bien y, con este criterio, eduquemos a nuestros hijos.



## GRAVE DESCUIDO DE MUCHOS PADRES

Entre los miembros que integran una familia debe ser un hecho la cooperación de esfuerzos.

Y no me refiero con esto a los padres, sino a la importancia que tiene cuidar que los hijos, cuando ya estén en aptitud de hacerlo, presten la ayuda que les corresponde como socios del hogar.

No ha de faltar quien piense que ya salí con una perogruyada.

¿Qué culpa tengo yo de que nuestra vida abunde en realidades de esa clase?

No está bien que, en tratándose de nuestros hijos, inspiremos nuestro criterio en tontas sensibilerías cuando la razón y la justicia reclaman otra cosa.

No invento. Por mis ojos han pasado casos inútilmente deplorables en que los hijos ganan buen dinero y miran con indiferencia los apuros económicos de su hogar. Si no lo gastan todo en vicios, contribuyen con una parte insignificante para los gastos de su casa.

Hay algunos, y no cuestra trabajo dar con ello, que llegan hasta el extremo de comer a costa de lo que ganan sus hermanos y sus padres.

Y no es porque les falte trabajo, ni porque estén inválidos o enfermos—que estas razones sería suficientespara justificar su conducta—, sino porque no se les tiene habituados a cooperar.

Y no extremamos esta delación si aseguramos también que hay padres (tan cerrados de entendimiento y de corazón) que cuando sus hijos no alcanzan para sus vicios ¡ ¡les ofrecen y les dan dinero!!

Lo primero debe calificarse como grave descuido de los padres; lo segundo, debe condenarse por la razón y la moral como un nefasto crimen.

La mejor herencia que podemos legar a nuestros hijos es una serie de hábitos buenos y justos que los conduzcan por el camino de la honradez.

En la escuela enseñamos la teoría de esa cooperación de esfuerzos que es justa y necesaria en la familia. Toca a los padres vigilar que se practiquen nuestras enseñanzas.

Hay que cuidar que ayuden con lo que sea justo, que se acostumbren a distribuir lo que les dejamos, en cosas que no les perjudiquen y guardar en una caja de ahorros lo más que puedan.

Si hacemos lo contrario, día vendrá en que la vida nos castigue con duras e irremediables lecciones.

Si deveras amamos a nuestros hijos ¿por qué no asegurarnos su porvenir con una buena educación?

Parte importantísima de esta educación tiene que ser lo relativo a la vida económica.

Alguien me dirá que soy un retraso, que pretendo volver a los tiempos en que los padres no dejaban ninguna libertad a sus hijos.

Yo creo que aquella austeridad de costumbres más bien los favorecía que perjudicaba.

Hoy nos damos mucha prisa en poner la libertad en sus manos, y nada nos preocupa que sepan usarla y que haya peligro de que la conviertan en libertinaje.

Además no se trata de que el padre explote las energías de sus hijos, sino de que los habitúe a cooperar justamente y a observar los buenos principios de la economía.

Para calificar de grave este descuido a que he venido refiriéndome no se piense que hablo de memoria, tengo documentos, hechos y testigos.



## LA TOLERANCIA COMO AGENTE DE PAZ EN LA SOCIEDAD

Si en la vida todos fuéramos correctos y virtuosos ni la idea ni la palabra tolerancia serían necesarias.

Mas sucede lo contrario. El más justo cae, según frase bíblica, en siete debilidades. Y de éstas lo más seguro puede ser que la mitad tenga que soportarlas nuestro prójimo. Y ésto sucede así desde que el mundo es habitación de esta raza reñidora que ostenta el pomposo nombre de humanidad.

Por angas y por mangas cae el odio en los corazones y conviértese en furiosa guerra que acalla la voz de la razón, que ensombrece los rayos de la justicia y borra del Evangelio la hermosa máxima: "Amaos los unos a los otros". Si cultiváramos la virtud de la tolerancia en la moral de nuestros actos, daríamos siquiera tiempo para que llegar a nuestra conciencia la idea del recíproco perdón. Todos a veces sin quererlo, habremos sido ofendidos en alguna ocasión; pero ofensores en muchas. Perdonarle al prójimo lo que es y no nos agrada, y lo que hizo y nos cayó mal, resulta empeño difícil; pero digno de encomio y pródigo en frutos de paz y bienestar para las familias y la sociedad civil.

Se ha visto que la antipatía que llegamos a sentir para quienes no comulgan con nuestras ideas políticas o religiosas, y nuestra malevolencia dispuesta a reñir por futilezas, dan origen a graves daños que al volver a la razón no podemos justificar jamás.

"La historia, –según un escritor francés,– no es más que el cuadro de los crímenes y las desventuras".

Y en esa historia aprendemos lecciones que según mi humilde opinión, perpetúan con más vivos colores la vida de ese cuadro.

Y en el acabado de este drama eterno de la existencia humana va contribuyendo la tradición. Del hogar de antaño al de hogaño y de la sociedad de ayer a la de hoy va pasando la herencia del odio, y todos, por negra fatalidad hemos nacido enseñados a luchar.

¿Tendrá remedio esta desventura?

Necesitamos borrar las páginas de la historia que nos hablan del crimen; enderezar nuestras vidas los viejos; y hacer que esos niños aprendan la teoría del perdón y la practiquen.